



SOBRE LA CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN DE JESÚS

Es una preciosa oportunidad la de que nos preparemos conjuntamente para hacer una consagración al Corazón de Jesús, no únicamente a título particular sino siendo conscientes de que estamos aquí representantes de las juntas directivas de nuestros colegios, que compartimos un proyecto educativo y que queremos que en ese proyecto educativo reine el Corazón de Cristo. Entonces eso, obviamente, podríamos quizás trasladarlo toda la comunidad educativa a que nuestros colegios fuesen consagrados al Corazón de Jesús. Pero eso tiene que ser realizado de una manera en la que poco a poco vayamos haciéndolo, y vayamos comenzando por nosotros mismos. Porque para que eso sea real, tiene que ser conquistado; el reino de Dios se va abriendo paso. La consagración al Corazón de Jesús no puede ser un acto formal de quien de quien lee una fórmula, no; tiene que ser una realidad, la realidad de que Cristo viva en nosotros y viva en ese empeño, en esa encomienda que se ha puesto en nuestras manos.

Voy a hablar de la consagración al corazón de Jesucristo y de su sentido, de qué sentido teológico tiene esa consagración. Y entro directamente en materia, sin perderme por el camino. En primer lugar, creo que partiendo de la Sagrada Escritura hay un texto clave que está en Romanos 12, donde se nos habla del sentido de toda consagración. Yo le he llamado el sentido paulino de la consagración, pero no es que sea algo propio de San Pablo, es que es él el que lo formula: es reavivar nuestro compromiso de abrir a Cristo la mente y el corazón, para ser verdaderamente amigos suyos, amigos de Cristo. Fijaos qué potente: abrir la mente y el corazón para poder ser verdaderamente amigos suyos.

Voy a hacer una pequeña exégesis de Romanos 12, 1. Dice:

Os exhorto hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima viva, santa, agradable a Dios; tal será vuestro culto espiritual, vuestro culto razonable.

Es un texto que está lleno de referencias a lo que en el mundo judío era el ofrecimiento de las víctimas. Hay una paradoja de la cual Pablo se sirve: mientras que el sacrificio exigía la muerte de la víctima en el Antiguo Testamento — se ofrecían víctimas que tenían que ser sacrificadas —, San Pablo hace referencia a la vida del cristiano. Decía "como víctima viva", no una víctima muerta sino una víctima viva. Y además, la expresión "a que presentéis vuestros cuerpos" unida al concepto de sacrificio, asume un matiz cultural que es "dar en oblación". Ofrecete, ofrece tu vida, todo lo que eres, tu memoria, tu entendimiento, tu voluntad, todo tu ser, tu salud. Ofrecete. Se refiere a presentar, o presentarnos nosotros mismos, delante de Dios. No ofrezcas algo, sé tú la ofrenda.

Además, la referencia explícita a esa dimensión física del cristiano: "ofreced vuestros cuerpos", también es una invitación a glorificar a Dios con vuestro cuerpo, que dice Primera Corintios 6, 20:

Glorificad a Dios con vuestro cuerpo.

Desde lo más material de nuestra vida todos estamos llamados a glorificar a Dios: comiendo, después comeremos juntos para gloria de Dios; si esta noche hemos descansado y hemos dormido, para gloria de Dios. O sea, todo cuanto hacemos es para gloria de Dios, hasta lo más físico, hasta lo más cotidiano, hasta nuestro descanso. Se trata de honrar a Dios en la existencia cotidiana, la más concreta.

Y, haciendo todavía un poco más de exégesis de este versículo, la fórmula paulina dice: "este es vuestro culto espiritual", "es vuestro sacrificio espiritual". Y esto aparece en la Santa Misa que ha tomado de este versículo de San Pablo esa expresión que dice: "Bendice y acepta, oh Padre, esta ofrenda haciéndola espiritual". Esto desarrolla todavía más la experiencia religiosa que, en el Antiguo Testamento, está reflejada en el Salmo 49, que dice:

*Si tuviera hambre no te lo diría, el orbe y cuanto lo llena es mío.
¿Comeré yo carne de toros?, ¿beberé sangre de cabritos? Ofrece a Dios un
sacrificio de alabanza.*

El mismo sentido del Salmo 50:

*Los sacrificios no te satisfacen; si te ofreciera un holocausto, no lo
querrías. Mi sacrificio es un espíritu quebrantado; un corazón abrasado y
humillado tú no lo desprecias.*

Es decir, que San Pablo está diciendo: la verdadera víctima, el verdadero ofrecimiento, la verdadera consagración a Dios es la del ofrecimiento de tu propia vida. Lo que eres, todo lo que llevas entre manos, haz de ello un sacrificio espiritual a Dios. Como veis es un avance muy importante en la concepción del sacrificio en ese tiempo, frente a un tiempo en el que se hablaba de los sacrificios de animales como sacrificio de sustitución, ofrecías un animal que de alguna manera te rescataba a ti, ofrecías el animal en vez de ti para ser rescatado. Así se rescataba también el ofrecimiento de los primogénitos: se rescataba por un par de tórtolas o de pichones. San Pablo insiste en que aquello no era más que una imagen de nuestro ofrecimiento a Dios.

Pero esta doctrina de San Pablo podría ser también entendida equivocadamente. ¿A qué me refiero? El peligro podría ser de interpretación moralista, como que se trata de una moralización del culto: lo importante no es tu ofrenda, lo importante es tu esfuerzo moral. Entonces, claro, si esto se interpreta así, caemos en un voluntarismo: lo importante es que yo ofrezca mi voluntad, y todo lo ponemos en nuestro esfuerzo, en nuestra auto superación. Si interpretamos eso, si cambiamos el ofrecimiento de los animales o de la sangre o el pretender que lo que me justifica es la sangre de los animales en el altar, si ahora cambiamos eso por que lo que a Dios le agrada es ofrecerle mi voluntad, mi esfuerzo, mi auto superación... cuidado, que caemos en un voluntarismo. Hemos cambiado una religiosidad supersticiosa de ofrecer animales en vez del hombre por otra de un puro voluntarismo. Sería un moralismo.

Tenemos que pensar: ¿por quiénes han sido sustituidos los animales sacrificados para que la ofrenda sea valiosa para Dios? No es por el ofrecimiento de mi voluntad y mi auto superación, han sido sustituidos por el sacrificio de Cristo. Es Cristo el que hace la ofrenda agradable a Dios. Esta es

la ofrenda agradable, esta es la ofrenda razonable, porque alguno podría hacer una interpretación equivocada de este versículo de Romanos 12, 1. Por eso, a nuestra eucaristía le llamamos el sacrificio de la misa. En ese sacrificio, en la Eucaristía, es Cristo mismo el que se ofrece, Cristo actualiza por nosotros su sacrificio en la cruz. Decimos en la Santa Misa: "Al celebrar ahora el memorial de la muerte y resurrección de Cristo, te ofrecemos el pan de vida, el cáliz de salvación; te ofrecemos en esta acción de gracias el sacrificio vivo y santo". Se refiere al de Jesucristo, porque quien salva, **quien nos salva, es el sacrificio de Cristo, no mi ofrenda. Mi ofrenda tiene valor y sentido unida a la de Jesucristo.** No sólo ofrecemos a Dios el sacrificio de Cristo, sino que nos incorporamos a Él y nos ofrecemos juntamente con Él. E

so es lo que significa esa gotita de agua que derramamos en el cáliz cuando se están preparando las ofrendas del pan y el vino: esa gota de agua unida al cáliz significa mi participación en el sacrificio de Cristo.

Tengamos claro que quien nos salva es el ofrecimiento de Cristo, no mi auto superación y mi fuerza de voluntad, que no tienen capacidad de salvarme. Pero es cierto que, reconociendo a Cristo como nuestro Salvador, nos unimos con nuestra vida a la ofrenda de Cristo. Esta es la consagración al Corazón de Jesús.

Ahora que hemos hecho esta exégesis, volvamos a leer ese versículo: "Os exhorto hermanos, por la misericordia de Dios, a que ofrezcáis vuestros cuerpos como una víctima santa, agradable a Dios; tal será vuestro culto espiritual". Por lo tanto, la consagración al Corazón de Jesús es extraer todas las consecuencias de la consagración bautismal, porque en la consagración bautismal estaba dicho esto que acabo de decir. El Espíritu Santo en el bautismo toma posesión de nosotros, nos introduce en la filiación de Jesucristo, de manera que somos de Dios; por el bautismo somos de Dios. ¿Entonces qué es una consagración al Corazón de Jesús? Es volver a los orígenes, volver a las raíces, volver a lo esencial. Eso es la consagración al Corazón de Jesús: no es añadir algo más o distinto a lo que ya estaba en el bautismo, es volver a lo esencial. El gran drama que solemos tener en nuestra vida es que, con el paso del tiempo, lo esencial no ocupa el lugar central. Alguien dijo esa frase que yo suelo repetir de vez en cuando que dice: "Lo más importante en esta vida es que lo más importante sea lo más importante". Y esto es la consagración al Corazón de Jesús. ¿Qué significa consagrarse al Corazón de Jesús?, hacer que yo ponga lo más importante en el centro, que ponga en ello mi atención, y que no permita que lo central, lo esencial, sea accesorio en mi vida. Tiene que ser

lo central de mi vida. En el bautismo estaba todo, igual que en un embrión está toda la vida humana. En el bautismo estaba la consagración plena al Corazón de Cristo.

Al mismo tiempo, la consagración al Corazón de Jesús es también poner el acento en la centralidad de Cristo; es caer en la cuenta de que tenemos que tener una cosmovisión cristocéntrica. Existen dos cosmovisiones enfrentadas hoy en día. La del Occidente secularizado, que desde ese parámetro de la modernidad ensalza al hombre hasta el punto de arrinconar a Dios a un ámbito privado, porque el hombre moderno no puede hacer a Dios presente en la vida; es la imagen de ensalzar al hombre arrinconando a Dios. Y por otra parte la cosmovisión antagónica, que es la fundamentalista, la del fundamentalismo islámico y también el fundamentalismo hindú, que ensalza la sumisión a Dios hasta el punto de eliminar la libertad del hombre. Eso también es una realidad, lo estamos viendo, lo hemos visto. El riesgo de fundamentalismo existe en Europa en este momento, un riesgo de que la secularización sea el terreno propicio para que venga el fundamentalismo islámico y ocupe el terreno que el cristianismo deja en la secularización. Frente a este antagonismo — una visión de la vida sin Dios y otra sin el hombre, la secularización que borra a Dios y el fundamentalismo que niega la dignidad del hombre, que la anula en una sumisión a Dios en la que el hombre pierde su libertad —, frente a este antagonismo, el Corazón de Cristo, la humanidad de Jesucristo, nos está subrayando que Dios y el hombre están plenamente integrados en la encarnación de Jesucristo. Dios es el centro de todo, y el hombre es el camino para llegar a Dios, para llegar a la verdad.

Es hermoso ver cómo la dimensión cristocéntrica, que está muy subrayada en la devoción al Corazón de Jesús, la humanidad de Jesucristo nos subraya que no existe oposición entre poner a Dios en el centro o poner al hombre en el centro. Es más, que el humanismo cristiano es el que dignifica al hombre: si quitas a Dios, quitas al hombre. Y el hombre es el camino para llegar a Dios, y es el camino por el que Dios ha llegado a nosotros en la encarnación. Eso es algo clave en la espiritualidad del Corazón de Cristo.

Un paso más. La consagración al Corazón de Jesús subraya dos aspectos: la necesidad de que la gracia nos sane, y al mismo tiempo también que nos eleve. La consagración es un recordatorio de que hemos sido infieles y de que necesitamos una sanación, de que lo más trágico que nos ha podido pasar en nuestra vida es dar la espalda al amor de Dios. Esta acogida a Dios en la consagración al Corazón de Jesús es como un querer recuperar el tiempo perdido, querer cicatrizar las heridas que en nuestra vida se han abierto por no haber sido fieles a Dios. A esto se llama

reparar: la reparación es recuperar el tiempo perdido, amar por el tiempo de mi vida que no he amado, correr para poder alcanzar el tesoro que nunca debiera de haber olvidado. O sea que, en primer lugar, la consagración al Corazón de Jesús quiere tener un efecto de sanación.

Pero no solo eso, sino que también la gracia tiene un efecto elevante. Aunque el efecto de sanación es más visible, es importante darnos cuenta de que Dios cada vez nos eleva. No sólo nos perdona el pecado de nuestra vida, sino que cada vez nos introduce en una intimidad superior. Por ejemplo, en la parábola del hijo pródigo. El hijo pródigo, cuando se acercaba al padre, lo que estaba pensando era en sanar, en reparar el desastre que había cometido. Pero lo que no esperaba es que no únicamente fuera perdonado, sino que incluso se le restituyó una dignidad de hijo de una manera que antes ni siquiera había percibido. Se hizo una fiesta por él, que antes no había vivido esa fiesta; se le pusieron sandalias, la túnica de fiesta; fue elevado a una condición con su padre que antes no tenía. La consagración supone estas dos cosas: reparar el tiempo perdido, pedirle a Dios humildemente perdón por haber perdido el tiempo en nuestra vida, pero al mismo tiempo dejar que Dios nos eleve y nos introduzca a una intimidad con Él como nunca habíamos soñado.

También la consagración es un acto de plena obediencia. Consagrarse a Dios es decir: "Aquí me tienes para lo que Tú quieras, Señor; como Tú quieras, cuando Tú quieras". Es un acto de confianza, de abandono en Él. Es caer en la cuenta de que lo único que verdaderamente podemos ofrecerle a Dios es un *fiat*, un "hágase". Es caer en cuenta de que en la batalla de nuestra vida siempre hay una lucha, que desde el pecado original ha habido una lucha entre el "hágase" y el "hágame". Y que cuando hemos pronunciado el "hágase la voluntad de Dios", es cuando hemos sido verdaderamente felices.

Entonces ¿esto cómo se traduce cuando nos consagramos al Corazón de Jesús? Yo me atrevería a decir que hay un triple enfoque. Ese abrazar la voluntad de Dios yo creo que se puede explicar pronunciando un **"acepto tu voluntad" que significa: "la acepto", "la abrazo" y "la ofrezco"**. Son tres niveles de esta consagración al Corazón de Jesús.

Acepto la voluntad de Dios: que no se haga mi voluntad, sino la tuya. La acepto, me fío más de Dios que de mis planes. La acepto sobre todo, creo que está dicho al nivel de la fe. Pero no sólo la acepto, porque la expresión "lo acepto" podría ser como diciendo "no hay más remedio, trágatelo". La palabra aceptación podría ser, yo creo, insuficiente. No sólo la acepto: la abrazo; que ya no sólo es aceptar por la fe, sino abrazar por el amor. Abrazo la voluntad de Dios, abrazo la cruz, la abrazo

porque la amo, porque sé que el Señor la ha amado; si el Señor ha amado la cruz, yo le pido también la gracia de abrazarla, no de arrastrarla. Porque hay una diferencia muy grande entre llevar una cruz arrastrada o abrazada, es muy grande la diferencia. Por eso no solo digo "lo acepto", digo también "lo abrazo". Y no sólo eso, sino que digo también "lo ofrezco". Lo acepto por la fe, lo abrazo por la caridad y lo ofrezco por la esperanza. Lo ofrezco porque sé que Dios lo va a hacer fecundo, Dios lo fecundará, Dios lo multiplicará. Hago un acto de obediencia a la voluntad de Dios. Eso es consagrarse al Corazón de Cristo: lo acepto, lo abrazo, lo ofrezco.

Es sobre todo —y doy un paso más— es sobre todo hacer un acto intenso del amor de Dios. ¿No se habla del acto de contrición, que es un acto perfecto en el que el hombre subraya su amor a Dios sobre todas las cosas, al mismo tiempo que el pleno rechazo de cualquier pecado en su vida, de cualquier complacencia con el pecado? Una consagración al Corazón de Cristo tiene que ir unida a este acto intenso del amor de Dios que llamamos el acto de contrición. En el acto de contrición se unen dos cosas.

No sé si recordáis un episodio de la película de la famosa película de La Misión. El momento en el que el protagonista — no recuerdo su nombre — cuando está subiendo con todas sus armaduras a aquella catarata y está llorando y sufriendo porque ha cometido el pecado de haber matado a su hermano; y está llorando y expiando su pecado porque necesita expiar su pecado. Y al mismo tiempo en el momento cuando se encuentra con los indios y ve su inocencia, es una escena impresionante porque comienza con lágrimas de dolor y termina con lágrimas de alegría. No se sabe si llora de dolor o de alegría de saberse perdonado. Este creo que es el verdadero acto de contrición, en el que sí, me duele haber ofendido a Dios, pero siento el inmenso gozo y la alegría de saberme perdonado. Y esto es un acto intenso de amor, que suena también a ese episodio en el que, cuando Jesús entra en casa de Zaqueo, dice: "Hoy ha entrado la salvación en esta casa". Sí, hacer ese acto de consagración, decir: "Señor, ven a mi casa... y dame la gracia de llorar mi pecados y de llenarme de gozo y alegría por tu presencia en mi casa, que hoy ha entrado la salvación en esta casa".

Todo el pasado está presente en este momento de mi consagración, y lo arrojo a la misericordia de Dios: el pasado lo arrojo a la misericordia de Dios, el futuro lo confío a la providencia de Dios, y sólo me quedo con el momento presente para vivirlo en intensidad de amor. Eso es la consagración, ese es el acto intenso de amor: el pasado lo arrojo a tu misericordia, el futuro lo confío a tu providencia, y me quedo con el momento presente para vivirlo en intensidad de amor. ¿Puede tener fuerza el hacer en este momento un acto intenso de amor? Claro que puede tener fuerza, que

se lo pregunten al buen ladrón, que él tuvo ese momento de gracia, Y también hay que decir que el momento presente de alguna manera contiene el futuro, lo contiene dentro de él, por eso una consagración hecha debidamente puede y debe de transformar el futuro.

También quiero subrayar una cosa más. Tradicionalmente la consagración al Corazón de Cristo se ha realizado no meramente a título individual —"me consagro yo"— sino que también se ha subrayado la consagración de la familia, la consagración de la institución, incluso la consagración de los pueblos, o la consagración de la nación. ¿Por qué esta dimensión comunitaria? ¿Por qué, por ejemplo, la consagración de un proyecto educativo? ¿No es nuestra relación con Dios individual?, ¿Cómo puedo pretender que la consagración sea del conjunto de una obra educativa, de un colegio, de una nación, de un pueblo? Estamos un poco infectados de un virus individualista que tiene poco que ver con la historia de la salvación. Cada vez que nos presentamos ante Dios y le decimos "¿qué hay de lo mío?", yo creo que Él nos responde diciendo: "¿Y dónde está tu hermano?". Porque nosotros tenemos esa tendencia a preguntar "¿Qué hay de lo mío?", y Él nos pregunta por nuestros hermanos. Hay una responsabilidad con lo que ocurre en el mundo, una corresponsabilidad; un caer en cuenta de que Dios ha entrelazado nuestras historias formando parte de un mismo pueblo, de una misma cultura, no digamos nada de una misma familia, de un mismo proyecto. Entonces, con respecto a ese falso planteamiento individualista, hay que decir que nosotros estamos entrelazados, que existe una comunión, la comunión de los santos.

Estamos entrelazados, nuestra vida está entretejida entre nosotros. Y en nuestra conciencia cristiana, la revolución que cambia el mundo comienza desde tu cambio interior y cambia el mundo. Digamos que la visión cristiana no es centrípeta, es centrífuga. Es "cambia tu corazón para que el mundo vaya cambiando". Las falsas revoluciones, por el contrario, son las que comienzan imponiendo un cambio de estructuras pensando que de esa manera el hombre cambiará; la Iglesia lo que plantea es una consagración al Corazón de Cristo que venga de abajo a arriba: tu paso de conversión dará el paso de conversión de tu familia. Ya en los Hechos de los Apóstoles se dice: "se bautizó él con su familia". Es curioso eso. Tu cambio hace el de la familia, y el de tus amistades, y el de tu pueblo; es un principio centrífugo hasta que llegamos a consagrar una nación o el mundo entero, consagramos el mundo entero al Corazón de Cristo. Por eso esa consagración al Corazón de Jesús no es desde los lazos y los vínculos que nos unen, es también la promesa de que Jesús habló en primera persona del plural cuando dijo: "Arrancaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne".

Añadimos a esto nuestro convencimiento de que la sociedad, el conjunto de la sociedad, necesita de Cristo para alcanzar la justicia y la felicidad; no sólo cada uno de nosotros a título individual, también la sociedad necesita de Jesucristo. Solamente cuando la justicia social es fundada en Cristo, somos capaces de reconocer la dignidad de todo ser humano. La historia está demostrando que necesitamos de Cristo para reconocer la ley natural. Sin Cristo no conocemos la ley natural, a los hechos nos remitimos, fijaos ahora mismo todo lo que está en juego en España. Es curioso, pero cuando quitamos a Jesucristo del centro, quitamos al hombre, quitamos el sentido común, quitamos la ley natural. Es aquella famosa expresión de Chesterton: "Quitad lo sobrenatural y no os vais a encontrar con lo natural, sino con lo antinatural". Lo estamos viendo. Por eso creemos también que la consagración al Corazón de Cristo tiene que tener una dimensión social y existe una doctrina católica sobre el reinado social del Corazón de Cristo. El reinado social lo tenéis en los puntos 2105, 2106 y 2107 del Catecismo de la Iglesia Católica, sabiendo que hay una dimensión social en la que Cristo también debe reinar para que el hombre sea feliz. Lo cual no quita que tengamos muy claro que respetamos siempre el principio de libertad religiosa, el principio de libertad de conciencia y el principio de libertad religiosa. Que, por cierto, cuando el laicismo ha arrinconado a la religión del ámbito público, la práctica demuestra que el principio de libertad de conciencia no se respeta, habiendo quitado a Cristo del centro de nuestra cosmovisión.

Y por último también deciros que la consagración al Corazón de Jesús tiene una embajadora, una introductora, que es el Corazón Inmaculado de María. La consagración al Corazón de Jesús por el Inmaculado Corazón de María es algo que está también configurando la espiritualidad de la historia del Corazón de Jesús. En un libro de esos de entrevistas que le hicieron a Juan Pablo II, "Cruzando el umbral de la esperanza", que seguro que estará en la biblioteca de muchos de vosotros, hablaba San Juan Pablo II en referencia al "Totus Tuus". El "Totus Tuus" del lema episcopal de San Juan Pablo II era "Todo de María". Claro que puede parecer una contradicción, pero no lo es. "Soy totalmente tuyo, María, como tú eres totalmente de Cristo". Es recurrir a la mediación maternal para que tenga quien me introduzca en la consagración a Cristo. Porque era algo así como cuando íbamos a confesarnos en la primera comunión, que primero nos habíamos confesado con nuestra madre antes de con el cura; habíamos hecho el ensayo de la confesión, vamos que a nuestra madre solamente le había faltado dar la absolución. Ibas donde el cura y casi le podías decir "que se lo cuente mi madre", que tú ya te habías confesado con ella. Yo creo que siguiendo el ejemplo de ese "Totus Tuus", es como decir: "Yo quiero amar a Cristo como le ama María, quiero amarle con un corazón indiviso". Pero claro, que el corazón sea indiviso son palabras mayores ¿Dónde hay un

corazón indiviso? En María. Se ha consagrado a Cristo con un corazón indiviso, es la consagración perfecta. En la mente de San Luis María Grignon de Monfort, María es como el molde en el que nuestros corazones se vierten; como cuando echas la escayola en un molde, es el molde para que tu corazón sea indiviso y así te consagres al Corazón de Cristo.

Esta fórmula es muy hermosa, dice el Papa que no tiene solamente un carácter piadoso, no es simplemente expresión de devoción, es algo más. Dice Juan Pablo II: "La orientación hacia una devoción tal se afirmó en mí en el período en que, durante la Segunda Guerra Mundial, trabajaba como obrero en una fábrica. En un primer momento me había parecido que debía alejarme un poco de la devoción mariana de la infancia en beneficio de un cristianismo más cristocéntrico. Gracias a San Luis Grignon de Monfort comprendí que la verdadera devoción a la Madre de Dios es, sin embargo, cristocéntrica, que está profundamente erradicada en los misterios de la Trinidad, de la Encarnación y de la Redención. Así redescubrí la verdadera piedad mariana, y esta forma madura de devoción a la Madre de Dios me ha servido a lo largo de los años". Supongo que conocéis la anécdota de que en una rueda de prensa en un viaje de estos de internacionales de San Juan Pablo II, un periodista, a costa de lo del lema de "Totus Tuus", le preguntó a Juan Pablo II: "¿Por qué es usted tan mariano?". Y entonces él respondió: "Por motivos cristocéntricos", que es una respuesta buenísima. ¿Qué quiere decir con eso? Que la devoción mariana, la consagración a Cristo por medio del Corazón Inmaculado de María, es tener muy claro que es recurrir a ella para que eduque a mi corazón para que sea indiviso, y mi ofrecimiento a Jesucristo tenga su cuidado maternal para que la ofrenda sea plena y verdadera.

La consagración al Corazón de Cristo no es sino volver a la esencia, volver a lo fundamental, volver al bautismo. Es decir: "mi corazón tiene dueño, mi corazón es de Jesús, igual que el Corazón de Cristo es del Padre". Como el Corazón de Cristo es del Padre, como el corazón de María es del Corazón de Jesús, así mi corazón tiene dueño y mi corazón es de Cristo. Una cosa es decir esto teóricamente, y otra cosa es pedir la gracia de revivirlo existencialmente, que sea verdad, que sea vida, que disfrutemos con ello. Uno puede decir: "¿cómo se puede estar seguro de que esto es verdad en mi vida y no es una bonita teoría?" Algo que lo autentifica es si yo gozo con ello, si es mi gozo, si es mi alegría; si para mí esa condición de ser de Dios, de ser de Jesús, de disfrutar de la filiación divina, es algo que en ello tengo mi gozo. O quizás mis gozos y mis alegrías están en cuestiones más banales. Por eso yo creo que ahora en este contexto, pidiendo el don del Espíritu Santo en Pentecostés, preparándonos para la consagración al Corazón de Jesús, creo que es el

momento clave para renovar nuestra consagración al Corazón de Cristo y disfrutarlo; disfrutar de esa condición de ser suyos. Nuestro corazón no es de quien lo rompe, nuestro corazón es de quien lo repara. Nuestro corazón es de aquel que tiene una amistad personal con nosotros, que es Cristo.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos, amén.